

Javier E. Rodríguez Weber

Desarrollo y Desigualdad en Chile. (1850-2009) Historia de su Economía Política.

Chile, Editorial Centro de Investigaciones Diego Barros Arana,
Chile, 302 pp., año 2017

ISBN 9789562440714

Alondra López Olivares*

Universidad de Valparaíso, Chile.



Desarrollo y desigualdad en Chile (1850-2009). Historia de su economía política, es la obra más reciente realizada por del destacado académico uruguayo, Javier Rodríguez, esta se basó en su tesis doctoral, reconocida recientemente con el premio Arnold Bauer de la Asociación Chilena de Historia Económica y comparada con la obra que Thomas Piketty dedicó en 2001 a la historia de los altos ingresos en la Francia del siglo XX (*Les hauts revenus en France au xxe siècle*, 2001).

Esta obra sin duda, es un canto de esperanza y una contribución inédita en historia económica y evidencia empírica a los estudios de economía política chilena. La cual, a mi consideración le permite al lector en cada capítulo comprender de una mirada a largo plazo, con mayor profundidad los distintos contextos históricos y ciclos de desigualdad que ha vivido el país durante 150 años de historia. Javier Rodríguez en esta obra logra demostrar el lugar que ha ocupado la desigualdad en el desarrollo histórico de Chile, apoyándose en una contundente base de información cuantitativa, y una impecable

*alondrabe.22@gmail.com

narración bibliográfica, no sólo observando a la historia chilena si no, ampliando la investigación a Latinoamérica y Europa. Esta obra es una gran aporte a la reflexión teórica, entregándole al lector un conjunto de hechos históricos que permiten comprender esas preguntas que en gran parte la población se hace, ¿Por qué si el país creció, los salarios no suben?, ¿Por qué los ricos son más ricos y los pobres más pobres?, ¿Por qué el estado legisla a favor de los poderosos ?, o ¿Por qué los derechos de la clase obrera cada vez son más precarios?, etc., preguntas que al final de leer el libro tienen una contundente respuesta. Esta obra se encarga de develar un conjunto de situaciones y variables que afectan al desarrollo histórico del país, permitiendo además entender el gran problema de la relación entre la distribución de ingresos y el proceso de desarrollo junto con las consecuencias que ha tenido que enfrentar el país por la serie de transformaciones coyunturales que han aplicado los distintos gobiernos en los contextos institucional, político, social y económico. La perspectiva histórica que se desarrolla en el libro, recalca no solo los factores que varían en el largo plazo, sino la resistencia al cambio que el país ha vivido por su gran inercia histórica y esto lo hemos ido arrastrando década tras década. Así, aunque en el corto plazo el nivel de desigualdad que tenemos hoy se explica por la herencia de la dictadura y la ideología neoliberal de los economistas de Chicago, el deterioro actual de la distribución en el ingreso constituye solo el último capítulo de una serie, en el que el Estado ha tenido un rol protagónico en el desarrollo de la desigualdad”. En esto Rodríguez es claro: buena parte de nuestra desigualdad histórica es el resultado del control que nuestra elite ha tenido sobre el aparato fiscal desde la época de la Independencia en adelante: “Este control le ha permitido incidir en su beneficio en la conformación de las instituciones políticas y económicas, que, junto a las fuerzas del mercado, determinan la distribución del ingreso, exitosamente apropiándose de casi todo lo que el país produce, desde la minería hasta la salud”, señala el autor. Rodríguez enfatiza en esta investigación, que las medidas para reducir la desigualdad necesariamente implican reformas de fondo: no solo afectar un área

como impuestos, variación de precios o el mercado del trabajo, sino reformas estructurales que repartan el poder. La desigualdad, insiste el historiador, es el resultado de muchos desajustes, de desequilibrios en muchas áreas. He ahí su complejidad y he ahí también por qué una elevada desigualdad dice mucho más de un país que su ingreso promedio: la desigualdad habla de cómo sus ciudadanos se tratan, de cómo se relacionan, de cómo proyectan a sus hijos sus relaciones de poder; de por qué muchos trabajan tan duro y no hay frutos; y también de quienes tienen responsabilidad en ese problema. Hay más investigadores que confirman lo mismo, como hace poco lo hizo Tomas Piketty en su libro “El capital en el siglo XIX”, donde revela que la desigualdad no es mala en sí misma, cierto nivel de desigualdad se puede justificar y logra ser útil para el crecimiento de un país, el gran problema viene cuando es extrema ahí ya no es útil porque se perpetua en el tiempo y hay menos cambios y movilidad social. Chile es el ejemplo perfecto, ya que en términos de inequidad es un país que posee niveles más altos de lo que una distribución normal pudiese justificar. La solidez de las fuentes que predominan del libro trasciende en la fortaleza de los argumentos que el autor sostiene, donde la desigualdad en Chile ha sido promovida por la elite desde su sitio de poder político y económico y todas las veces que el Estado ha tratado de disminuirla, teniendo relativo éxito, los grupos de poder toman, de una u otra forma las riendas para mantener la desigualdad que tanto les favorece. Sobre todo, en el último tiempo desde el regreso a la democracia, hace 30 años, donde el país ha demostrado tener grandes avances en el ámbito económico, social e institucional, las cifras económicas son alentadoras, el PIB junto al índice de bienestar en síntesis ha fluctuado al alza. Pero esto ha sido durante años solo una careta de máximo bienestar económico, porque la verdad es que la desigualdad socioeconómica en Chile, no se limita solamente a aspectos de la demanda, el consumo o el empleo, si no que abarca aún más aspectos y estos no son factores simplemente económicos, van ligados al desarrollo social y cultural, al ADN, como lo son la educación, salud, ética, respeto, igualdad de derechos y dignidad. Es el trato, el buen vivir que está

en cuestionamiento, ya que afecta a las personas y actualmente en mucho mayor grado a las mujeres, pueblos originarios, la población rural y personas que son minoría en la realidad chilena. El autor recalca que la desigualdad que vive hoy el país, es la nueva república oligárquica, la herencia de la dictadura aún tiene protagonismo en el contexto institucional y político, donde se siguen aplicando políticas regresivas y reformas estructurales en beneficio de la elite, aplastando los derechos de la clase trabajadora desde tiempos remotos, dando cabida a una democracia temerosa y protegida, con una torta mal repartida y un país que crece, concentrando la riqueza para unos pocos, que finalmente pone en jaque el bienestar y desarrollo del pueblo chileno. La investigación que expone el libro sobre la historia de 150 años de economía política, deja en claro que Chile vive una desigualdad Social y el desarrollo pende de un hilo por culpa de ella. El país seguirá enfrentado trabas en el avance y la prosperidad, condicionando la forma de vivir, ser y actuar de la población, condiciones estructurantes de vida, injustas desde su origen y moralmente muy ofensivas en las consecuencias que trae vivir históricamente de esa manera. La desigualdad no es un problema de cifras, si no de respeto, ética y moral, ya que, bajo este sistema capitalista nos han adiestrado a que hay que preferir el dinero por sobre el respeto y la dignidad, donde, desde adolescentes el cuanto vamos a ganar, la carrera que tenemos que preferir, la pareja que debemos elegir, la ropa que debemos usar, está por sobre el amor propio, los derechos y el desarrollo personal de cada persona. Hoy en día la importancia del dinero y el poder adquisitivo está por sobre el cuanto nos vamos a respetar unos a otros. Una obra que logra con creces derribar los mitos de la economía actual, dejando una importante misión para todos los actores influyentes en la economía política del país. Los próximos gobiernos, deberán de proponer una economía distinta, donde el país sea capaz de crecer a tasas más lentas, pero con un menor nivel de desigualdad, donde sea posible reducir la brecha de desigualdad con un Estado más comprometido y regulador, que enfrente a la elite y le quite el poder, que incentive la inversión en educación, aplique un sistema fiscal más equitativo,

mejore las políticas públicas, fortalezca el régimen laboral mejorando las condiciones, la equidad de género y el respeto entre empleado y empleador, junto con promover un crecimiento a largo plazo y una distribución de ingreso más igualitaria, con el fin de fomentar en toda sus aristas el mejoramiento continuo de la calidad de vida de los chilenos.